

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

# **Sofía y Julia. Notas sobre los orígenes de la construcción de la mujer doméstica moderna a partir de una lectura interpretativa de la obra de ficción de Juan Jacobo Rousseau.**

Caldo, Paula (UNR / CONICET).

Cita:

Caldo, Paula (UNR / CONICET). (2007). *Sofía y Julia. Notas sobre los orígenes de la construcción de la mujer doméstica moderna a partir de una lectura interpretativa de la obra de ficción de Juan Jacobo Rousseau. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/823>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA  
Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Mesa temática N° 88: Historia de las Mujeres, Historia del Género e Historia Feminista.  
Reflexión historiográfica de los debates contemporáneos

“Sofía y Julia.

Notas sobre los orígenes de la construcción de la mujer doméstica moderna  
a partir de una lectura interpretativa de la obra de ficción de Juan Jacobo  
Rousseau”

Paula Caldo  
UNR-CONICET<sup>1</sup>  
[paulacaldo@uolsinectis.com.ar](mailto:paulacaldo@uolsinectis.com.ar)

La presente ponencia, en una primera instancia, estuvo motivada por la pregunta en torno a los orígenes, estrategias y fundamentos según los cuales la *economía doméstica*, con sus respectivas ramas: cocina, costura, labores, ahorro, higiene del hogar, etc., etc., se definió como contenido esencial para la educación/formación de las mujeres. Al bucear en las aguas del tiempo buscando posibles respuestas no demoramos en hallar a *l'Ami Jean-Jacques*<sup>2</sup> como pionero en la materia. Este pensador dieciochesco expresó mucho al respecto, razón por la cual decidimos orientar rumbo a sus obras nuestros interrogantes sobre la educación femenina.

Paralelamente, emprendimos la construcción de un *estado de la cuestión* capaz de reunir a aquellas investigaciones que abordaron el pensamiento rousseauneano a partir de preguntas e interpretaciones desde la problemática del género. Realizando ese ejercicio descubrimos una prolífica producción, cuyas conclusiones señalaban a nuestro autor como *fundador de los lineamientos del patriarcado moderno*<sup>3</sup>. En este punto, la tarea se nos tornaba difícil... ¿Podríamos construir un atajo que nos condujera a realizar un

---

<sup>1</sup> Profesora y Licenciada en Historia y en Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. Becaria de postgrado de Conicet.

<sup>2</sup> Expresión con la que Robert Darnton nombra a Juan Jacobo Rousseau (Darnton, 1984).

<sup>3</sup> Así se titula el excelente libro de Rosa Cobo, (1995), *Fundamentos del patriarcado moderno, Jean Jacques Rousseau*. Cátedra. Madrid. Asimismo entre la cantidad de estudios que abordan a Rousseau desde la problemática del género y desde los estudios de mujeres podemos citar a: Crampe-Casnabet, Michéle, (1992), “Las mujeres en las obras filosóficas del siglo XVIII” en Duby, George, Perrot, Michelle, *Historia de las mujeres III. Del renacimiento a la modernidad*. Taurus. Madrid; Fraisse, Geneviève, (1989), *Musa de la razón*. Cátedra. Madrid; Armstrong, Nancy, (1987), *Deseo y ficción doméstica*. Cátedra. Madrid; Calderón Quindós, Fernando, (2005), “Las mujeres en la obra de Jean Jacques Rousseau”. En *Revista de Filosofía*, Vol. 30, N°: 1, p. 165-177, Universidad Complutense de Madrid; Ciriza, (2000) “A propósito de Juan Jacobo Rousseau. Contrato, educación y subjetividad” en Borón, Atilio, *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*. Eudeba. Bs. As; y, Ciriza, Alejandra, (2002), “Pasado y presente. El dilema Wollstonecraft como herencia teórico política” en Borón, Atilio, *Teoría y filosofía política: la recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano*, CLACSO – USPI. Bs. As.

aporte al tema?... Sin embargo, aquel mar de producciones, más que yugular nuestra tarea, nos incentivó... Es así como, inscribiéndonos entre las márgenes de la historia sociocultural y partiendo de un enfoque interpretativo, nos aventuramos a escribir estas, en lo personal, primeras reflexiones sobre los contenidos, principios, valores y estrategias que Rousseau prescribe para la educación femenina.

Si nos preguntamos dónde reside el pequeño aporte pretendido por nuestra ponencia, nos atrevemos a responder: en las fuentes seleccionadas y en la articulación interpretativa que realizamos con ellas. En otros términos, elegimos un camino, que creemos poco recorrido, para repensar una serie de hipótesis y problemáticas ya planteadas por las/os estudiosas/os de Rousseau. Aquí preferimos centrarnos en el análisis de dos escritos literarios de nuestro autor: *Julia o la nueva Eloísa* (1761) y el ya clásico *Emilio o de la Educación* (1762)<sup>4</sup>.

Se trata de dos novelas: la primera, caracterizada por ser una *novela epistolar*, pionera en su género<sup>5</sup>; la segunda, se inscribe dentro del conjunto de *novelas pedagógicas o de formación*<sup>6</sup>. Ambos escritos conforman, entrelazando sus temáticas, una cadena dialógica que nuestro autor había comenzado a eslabonar en su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* por el año 1755. Casi como la imagen que se desprende de un mosaico de citas, *Julia*, publicada un año antes que *El Emilio* adelanta en sus páginas los principios y preceptos mediante los cuales serán educados *Emilio* y *Sofía*<sup>7</sup>. Las dos novelas elegidas hacen honor al preconcepto, popularizado en el siglo XIX, que asigna como única condición de toda novela la narración de historias de amor

---

<sup>4</sup> ¡Aclaración! *El Emilio*, especialmente en su quinta y última parte, sí es centro y blanco de los estudios y análisis feministas sobre Rousseau.

<sup>5</sup> Desde la antigüedad la carta gozó de usos sociales y literarios. Las cartas, como género discursivo primario, con frecuencia son absorbidas y reelaboradas por los géneros discursivos complejos, por caso la novela (Bajtín, 2002). Así, durante el Siglo de las Luces, la epístola ingresará a los textos de corte filosófico, político, periodístico, y también a la novela. La novela epistolar está estructurada en forma de cartas; su trama e intriga se compone en el intercambio de correspondencia entre los personajes. En el siglo XVIII estas novelas emergen cercanas a los tratados de moral y proponen una relación ambivalente con el lector. Esto es, quien las lee transita por una delgada línea entre la ficción y la realidad, gesto que los autores comienzan a construir desde el empleo de dos prólogos. La novela epistolar de Rousseau se convertirá en una de las más solicitadas en la época. Es Robert Darnton quien estudia las manifestaciones sentimentales y pasionales de los/as lectores/as de *Julia*. Sin embargo, Nora Bouvet sostiene que las reflexiones de Darnton establecen una relación lineal entre las pretensiones de Rousseau y las respuestas de su público, sin detenerse a pensar en los efectos de *la lectura intensiva y de la manía lectora*. Darnton, reduce en su análisis lo diferente a lo igual (Bouvet, 2006; Darnton, 1984).

<sup>6</sup> Bajtín dice: “Existe una subespecie del género novelístico que se llama novela de educación (Bildungsroman)... La fundamenta alguna idea pedagógica planteada de una manera más o menos abierta. Este tipo de novelas muestra un proceso educativo en el sentido amplio de la palabra. Abarca obras como *Ciropedia* de Jenofonte, *Telémaco* de Femelón, *Emilio* de Rousseau -porque en este tratado pedagógico están presentes elementos novelescos-.” (Bajtín, 2002, p. 210-214).

<sup>7</sup> El mismo Jean Starobinski adelanta esta idea cuando dice: “En cuanto a los hijos de Julie, educados a la manera de Emilio, jamás esconderán secreto alguno”. (Starobinski, 1983, p. 107).

(Gay, 1992, p. 134). Entonces, conoceremos las aventuras de amor-amistad entre Julia y Saint-Preux, como también el romance de Emilio y Sofía. Sin embargo, resultan ser historias de amor cuya pretensión, más que narrar vaivenes amorosos, es transmitirnos reglas de conducta, normativas y principios morales<sup>8</sup>. Acabamos de presentar el rasgo principal que caracteriza a nuestras novelas: la tensión y posterior conciliación entre el amor y la moral que, al decir de Juan Jacobo, atraviesa tanto la constitución de las relaciones de pareja, como también demanda un determinado modelo de mujer. En estas páginas, valiéndonos de un análisis en clave de género<sup>9</sup>, intentaremos delinear la pedagogía rousseauiana y el perfil de mujer pretendido por ella. Un perfil que no demoró en imprimirse en el de la mujer dieciochesca y en su proceso de maduración alcanzó a las mujeres de los siglos XIX y XX.

Al explorar con nuestras preguntas las canteras teóricas constitutivas del pensamiento rousseauiano, emerge un sinfín de cuestiones que, a los efectos de ordenar nuestra presentación, exponemos bajo tres subtítulos. En el primero, estudiaremos a Sofía como exponente de la feminidad moderna; luego, presentaremos la historia de *Julia o la Nueva Eloísa*, entendiéndola como la bisagra entre la Eloísa medieval, que queda atrás, y Sofía, expresión del ideal de mujer moderna; como cierre, abriremos el interrogante sobre el contenido y la forma que nuestro autor sugiere para la educación femenina.

### **Sofía, o el ideal de mujer...**

*El Emilio* es una novela pedagógica que lleva nombre de varón, publicada por Rousseau casi en simultáneo con el *Contrato Social*, cuando corría el año 1762<sup>10</sup>. Los estudiosos

---

<sup>8</sup> Repetidas veces se presenta a Juan Jacobo como el autor de una de las primera novelas románticas... ¿Es válido asignar esta característica a nuestro filósofo?... Para lograr una posible respuesta citamos a Peter Gay, quien, estudiando la experiencia burguesa del siglo XIX, esboza: “Es muy cierto que la época de la Ilustración no desarrolló una filosofía propia del amor, aunque *Clarissa* de Richardson o *La nouvelle Héloïse* de Rousseau y sus otras novelas tuvieron mucha que decir al respecto” (Gay, 1992, p. 57). Aquí se destaca la inclinación de los filósofos dieciochescos a resaltar aspectos de orden biológico-sexual al momento de pensar las relaciones entre varones y mujeres en clave ficcional o sentimental. Y si bien, en las novelas del filósofo ginebrino se destacan las historias de amor el peso que imprime a los aspectos morales, normativos y contractuales contrarrestan la importancia de ese sentimiento. Por caso, Julia hace capitular su deslumbramiento amoroso juvenil en beneficio de una boda con un *señor socialmente correcto* elegido por su padre. Así, el casamiento se plasma más como un vínculo social y político que sentimental. Por tanto, podemos cuestionar el calificativo de *primera novela romántica* a la Julia de Rousseau, ya que en ella más que triunfar el amor triunfa un contrato matrimonial óptimo para contribuir al bienestar de la sociedad.

<sup>9</sup> Utilizamos el concepto de género en el sentido de Joan Scott, como una categoría analítica que es tanto un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos como una forma primaria de relaciones significantes de poder (Scott, 1999, p. 61).

<sup>10</sup> En sus confesiones Rousseau dice –para el año 1762 y habitando en Montmorency–: “Había yo hecho de aquel mirador mi gabinete de trabajo, de suerte que tenía allí una mesa cubierta de pruebas y de hojas del *Emilio* y del *Contrato Social* y encuadernando esas hojas a medida que me las enviaban, tenía allí todos mis volúmenes largo tiempo antes de que los publicasen” (Rousseau, 1985, p. 377).

de la temática acuerdan en interpretar a estos textos como parte de un mismo proyecto político. Así, pedagogía y política se retroalimentan en beneficio de la conformación del ciudadano que habitará la sociedad del *Contrato*. A su vez, ambos escritos proporcionan los indicios mediante los cuales podemos afirmar que Rousseau, lejos de proponer un retorno pleno a la naturaleza, ambiciona la formación de un hombre natural para vivir en la cultura (Todorov, 1987; Ciriza, 2000). Ahora bien, cuando Rosa Cobo dice: “Rousseau construye dos modelos ideales de educación; uno de los modelos está representado por Emilio, y el otro por Sofía” (Cobo, 1995, p. 205) está vertiendo palabras sobre un hecho que muchos analistas del pensamiento pedagógico rousseauneano omitieron<sup>11</sup>. Esto es, el ginebrino, al tiempo que diseña la propuesta pedagógica masculina, hace lo propio con la de las niñas. Precisamente, esta doble pedagogía, nada ingenua, dialoga con un proyecto político que, basado en fundamentos biológicos y esencialistas, forma mujeres privadas, domésticas y apolíticas, hacendosas compañeras de varones públicos y políticos.

Bajo estas condiciones nos encontramos con Sofía... Ella vivió en un pequeño pueblo alejado de las grandes urbes. Sus padres la contuvieron en un ambiente humilde, austero y honesto. El padre, aunque ya no poseía fortuna material, conocía las reglas de la urbanidad, el buen gusto y el respeto, haciéndolas extensivas a la crianza de su hija. La madre la instruyó en *las labores de su sexo*. Sofía deslumbró por la simplicidad de sus modales y la sencillez de su gusto. Ella era ávida por los platos dulces, glotona, de humor rápido, bulliciosa, ágil, sonriente, sensible, pasional, pura, limpia, honrada y sumisa. A juicio de Rousseau, fue una digna expresión de la naturaleza femenina. No conoció preceptores, fueron la madre y el padre quienes la guiaron en los aprendizajes del canto, la danza y la sociabilidad. Siempre estuvo junto a sus progenitores, adoró pasar sus días abrigada por el afecto familiar, distante de los frívolos artificios que caracterizan las prácticas sociales burguesas y urbanas. Su deber primero fue atender los

---

<sup>11</sup> En este sentido podemos citar los trabajos de: Caruso, Marcelo, (2001), “¿Una nave sin puerto definitivo? Antecedentes, tendencias e interpretaciones alrededor del movimiento de la Escuela Nueva” en Pineau, Pablo et al. *La escuela como máquina de educar. Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad*, Paidós. Bs. As.; Narodowski, Mariano, (1999), *Infancia y poder. La conformación de la pedagogía moderna*. Aique. Bs. As.; Meirieu, Philippe, (1998), *Frankenstein educador*. Laertes. Barcelona; Varela, Julia, Álvarez Uría, Fernando, (1991), *Arqueología de la escuela*. La Piqueta. Madrid; Larrosa, Jorge, (2000), *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*. Ediciones Novedades Educativas. Bs. As.; Antelo, Estanislao, (2005), “La pedagogía y la época”. En Serra, Silvia, *Autoridad, violencia, tradición y alteridad. La pedagogía y los imperativos de la época*. Noveduc. Bs. As.; entre otros.

deseos y mandatos de quienes le dieron la vida. Conoció todas las tareas domésticas y suplantó a los sirvientes con total naturalidad, destreza y encanto. Sofía opinaba guiada por sus sentimientos, no así por los principios encontrados en las páginas de los libros. Ella descubrió las explicaciones de la existencia en su interior. Sin dudas, sería la mujer elegida para desposarse con Emilio (Rousseau, 1985 – 1762).

Si nos preguntamos cómo llegó Sofía a convertirse en la mujer ideal, no son grandes los misterios que envuelven la respuesta, así como escasas resultan las líneas que Rousseau traza para explicar la educación femenina. Allí, en la quinta y última parte, cuando el libro concluye y el muchacho, ya adulto racional, necesita compañera, aparece la virtuosa Sofía. La muchacha ha cumplido sus 15 años y se encuentra posibilitada para abrirse al amor, el matrimonio y la maternidad. Tres valores que definen el destino de las mujeres.

Cuando Rousseau presenta a Sofía a sus lectores, sus palabras expresan menos las condiciones de una jovencita particular que las de la mujer ideal. Así, logra esbozar una ontología femenina con rasgos esencialistas y biológicos (Ciriza, 2000). Él dice: *“La única cosa que sabemos con certeza es que todo lo que ellos –varones y mujeres- tienen en común es de la especie, y todo lo que tienen de diferente es del sexo”*; luego agrega, *“el macho sólo es macho en ciertos instantes, la hembra es hembra toda su vida, o al menos toda su juventud; todo la llama sin cesar a su sexo, y para cumplir bien las funciones, precisa una constitución que se relacione a él”* (Rousseau, 1985 – 1762, p. 412-415). Borrando con el codo lo que escribe con la mano, la igualdad entre varones y mujeres, prescrita por pertenecer a la misma especie, se obstruye al afirmar la determinación sexual que gravita sobre el carácter femenino. Para reafirmar lo expresado, el filósofo, ahora en porte de pedagogo, enumera los cuidados y momentos fundamentales en la vida de una mujer: aprendizaje de las labores de su sexo, control de su virtud, selección de un esposo acorde a su naturaleza y condición social, miramiento durante el embarazo, reposo después del parto, vida sosegada para la lactancia, paciencia y dulzura para criar a los hijos, acompañamiento del esposo... Finalmente, se trata de una vida orientada desde sus primeros días a complacer al varón desde el ámbito privado. Una vida cuyo sentido-significado reside en el exterior de la mujer. Por tanto, mujer y varón se relacionan por un vínculo de complementariedad que radica en el equilibrio de las diferencias. Veamos el siguiente cuadro que ilustra lo antedicho:

<b>DIFERENCIAS ENTRE:</b>	
<b>VARÓN</b>	<b>MUJER</b>
1. La educación del varón es un proceso que parte del conocimiento de la naturaleza durante la infancia y va complejizándose hasta culminar en el estudio de la política y la moral durante la madurez.	1. La educación de las mujeres desde que nacen hasta la madurez se rige por los mismos principios y contenidos pedagógicos.
2. Educación política, ciudadana, racional.	2. Se instruye en los saberes de su sexo y la educación sentimental.
3. Es educado primero por su madre y luego instruido por un preceptor.	3. Debe ser educada sólo por su madre.
4. Es racional.	4. Posee una razón práctica. Es astuta, sensible y pasional.
5. Es el ciudadano, el jefe de familia.	5. Es la esposa/madre del ciudadano, la guardiana del hogar.
6. Activo y fuerte.	6. Pasiva y débil.
7. Es quien piensa los términos de la política.	7. Es apolítica, la política le desagrada.
8. Es varón y ciudadano, sólo es macho en presencia de una mujer-.	8. Siempre es hembra. Es esposa y madre.
9. Su contextura física debe ser robusta.	9. Cuerpo frágil aunque apto para parir.
10. Se alimenta sustanciosamente, come proteínas, carnes rojas.	10. Frugal, por naturaleza se inclina a comer dulces. Consume vegetales, le disgustan las carnes.
11. Su virtud reside en el cultivo de sí mismo.	11. Su virtud reside en la opinión pública.
12. No puede estar solo, para saciar sus placeres encuentra a la mujer.	12. Es el complemento del varón.

Para Rousseau, cada una de las diferencias resaltadas en la hilera de celdillas contrapuestas del cuadro se torna incuestionable, por encontrar fundamento en la naturaleza. Se trata de la descripción de la complementariedad entre los sexos, necesaria para conformar la institución familia en la que reposa el orden social. Sin embargo, estas afirmaciones esbozadas por Rousseau con despreocupación, no demoraron en colisionar con la crítica tanto de sus contemporáneas/os como de distintas generaciones de mujeres que le siguieron<sup>12</sup>. Precisamente, dentro de éste último grupo encontramos a Rosa Cobo (1995), quien se remonta a la lectura del *Discurso sobre el origen y fundamento de la desigualdad de los hombres*, presentado en el año 1755, para explicar el modo en que Rousseau sitúa a las mujeres en el orden sociocultural. En aquel texto,

<sup>12</sup> Geneviève Fraisse estudia el período inmediatamente posterior a la revolución francesa en un trabajo que, en palabras de su prologuista, Alicia Puleo, pasa revista a los argumentos que Constance de Salm, Condorcet, Madame de Staël y Olimpia de Gouges, entre otros, opusieron a los adversarios de los derechos de la mujer” (Fraisse, 1989, p. 8). Otro planteo que viene a tensar el ideal de mujer rousseauneano proviene Mary Wollstonecraft. En palabras de Ciriza “Wollstonecraft es el nombre de esa herida abierta en el corazón del orden político moderno”, ella marca la profundidad del desacuerdo que impera en el proyecto político moderno. Un proyecto que alude a la igualdad incluyendo sólo a los varones y dejando por fuera a más de la mitad de la especie, las mujeres (Ciriza, 2002, p. 222).

el ginebrino realiza una minuciosa reseña sobre las diferencias entre el idílico *estado de naturaleza* y el *estado de sociedad*.

El primero de los estadios está atravesado por cierto proceso evolutivo que Cobo se aventura a periodizar en dos grandes momentos: *estado de naturaleza grado cero* y *estado natural*. El grado cero de naturaleza es habitado por un hombre que es *entero absoluto*, incapaz: de hablar, de reconocer lazos de filiación, de advertir diferencias entre los sexos, de ambiciones, de maldad, de razón...; ese estadio es superado cuando los hombres, valiéndose de la piedad y de la capacidad de perfeccionarse, se agrupan, haciendo estallar el universal genérico en masculino y femenino. Esa primera agrupación es la *familia*, consolidada a partir del contrato sexual<sup>13</sup>. Este contrato garantizará tanto la unión del grupo como la diferencia entre varones y mujeres. De esta suerte, se plasma la división del trabajo entre los sexos: el varón conseguirá el sustento mientras que la mujer parirá a los niños, los criará y realizará los quehaceres del hogar. Ese paisaje natural es disuelto por el pacto y el establecimiento del estado social. El mismo Rousseau se encargará de escribir los términos, tanto del contrato como del proyecto pedagógico que lo habilite. Sin embargo, esos términos y proyectos tienen por destinatarios a los varones, no a las mujeres. Estas últimas ingresan al estado social portando los atributos de la naturaleza. Así, la cultura debería conservar en las mujeres aquellas actitudes propias del estado pre-social.

La lectura foucaultiana del *Contrato Social* que realiza Nancy Armstrong (1987), nos permite pensar que a *las mujeres* se les adjudica una condición apolítica sustancial al sostenimiento del proyecto político de la modernidad. La creación discursiva de mujeres, como Sofía, quienes, con pleno consentimiento, asumen el lugar de mujeres domésticas, no es caprichosa sino consecuente con el ascenso político y público de los varones burgueses. En los tiempos modernos, las mismas prácticas políticas vendrían a generar sus bordes no-políticos, a los efectos de reconocerse en un juego de espejos.

### **Julia, antecedente de Sofía y adaptación moderna de Eloísa**

---

<sup>13</sup> Rousseau dice: “Constituyó esa la época de una primera evolución que dio por resultado el establecimiento y la distinción de las familias... el hábito de vivir juntos engendró los más dulces sentimientos que hayan sido jamás conocidos entre los hombres: el amor conyugal y el amor paternal. Cada familia quedó convertida en una especie de sociedad, tanto mejor establecida, cuanto que el afecto recíproco y la libertad eran los únicos lazos de unión. Fue entonces cuando se fijó o se consolidó por primera vez la diferencia en la manera de vivir de los sexos, que hasta aquel momento no había existido. Las mujeres se hicieron más sedentarias y se acostumbraron a guardar la cabaña y los hijos, mientras que el hombre se dedicaba a buscar la subsistencia común...” (Rousseau, 1992, p 132)

Julia es la protagonista, como ya dijimos, de la novela epistolar que Juan Jacobo tuvo a bien publicar a comienzos del año 1761<sup>14</sup>... ¿Por qué detenernos en la figura de Julia para definirla como el antecedente de Sofía y como una adaptación moderna de Eloísa? Respecto de Sofía, respondemos: por un hecho tanto cronológico como discursivo, la historia sentimental, moral y formativa de Julia precede y en sentido literal adelanta muchos de los conceptos pedagógicos pronunciados en *El Emilio*. Para el caso de Eloísa, *Julia*, subtitulada *La nueva Eloísa*, retoma desde su nombre la historia de la legendaria abadesa medieval. Rousseau nos presenta aquella Eloísa, por él admirada<sup>15</sup>, en una versión actualizada, donde su condición femenina se adapta al contexto sociocultural de la modernidad. De tal modo, lo que nos proponemos hacer en este aparatado es trabajar las características de Julia en un ejercicio comparativo con su pasado superado, Eloísa, y con su cristalización ideal, Sofía.

Como primera cuestión vamos a presentar a Julia. Ella fue la muchacha instruida por un joven preceptor llamado Saint-Preux. Julia es la doncella que lee y estudia guiada por un varón. El vínculo pedagógico no tardará en volverse amoroso y pasional. Sin embargo, su alma bella la orientará para enmendar sus actos, apartarse del amor mundano y contraer matrimonio con el varón indicado por su padre. Julia compone su reputación y su moral al costo de grandes pérdidas: su amado; la vida de un hijo que no llega a nacer y la vida de su madre. Desde el instante en que ella se convierte en la señora de Wolmar comienza a destejer la trama de valores que había confeccionado durante su juventud. Esta señora, aunque sin sentir amor desenfrenado por su esposo, no deja de admirarlo y acompañarlo. No sólo será una buena auxiliar de su cónyuge en materia de *economía doméstica* sino que ejercerá con rectitud y dedicación su rol de madre<sup>16</sup>. Rousseau se propone salvar la reputación de Julia e inscribirla dentro de un

---

<sup>14</sup> Rousseau esboza en sus *Confesiones*: “Aunque *Julia*, que hacía mucho tiempo estaba en prensa, no había aparecido todavía a fines de 1760. La señora de Luxemburgo había hablado de este libro en la corte y la señora d’Houdetot en París. Esta última había obtenido de mí, por Saint-Lambert, el permiso de hacerlo leer en manuscrito al rey de Polonia, había quedado encantado... Todo París estaba impaciente por ver aquella novela” (Rousseau, 1985, p. 361). El mismo Rousseau se encarga en sus *Confesiones* de narrarnos la repercusión exitosa que obtuvo la novela en la época. Repercusión que el historiador americano Robert Darnton retomará al encontrar las cartas, que los lectores de Rousseau escribieron esbozando comentarios sobre la novela, en el Archivo de la Sociedad Tipográfica de Neufchâtel (Darnton, 1987).

<sup>15</sup> Duby expresa al respecto: “la figura de esta mujer está sólidamente anclada en el imaginario europeo... esa locura conmovió a Rousseau, a Diderot e incluso a Voltaire. Esa locura enardeció a los románticos”... (Duby, 1997, p. 77).

<sup>16</sup> Las condiciones del matrimonio de Julia pueden explicarse siguiendo los razonamientos de Laurence Stone. Se trataría de un “*matrimonio de compañeros*, en el cual la mujer cede el control político al hombre con el fin de adquirir autoridad exclusiva sobre la vida doméstica, las emociones, los gustos, la moralidad...”. (Armstrong, 1987, p. 60).

universo de virtudes. Justamente, el final de la historia nos muestra una Julia esposa y madre que muere a causa de una enfermedad contraída después de salvar la vida de uno de sus hijos (Rousseau, s/f-1761). Una mujer que cumple y da la vida por su destino: la maternidad.

En síntesis, la mujer perfecta de Rousseau es aquella que renuncia a las pretensiones del mundo social y público para orientar todas sus facultades y condiciones en la concreción de su destino: el matrimonio y la maternidad. Recordar la historia de Eloísa nos ayudará, por contraste, a entender los rasgos que distinguen a la Julia moderna. A Eloísa la conocemos por sus aventuras amorosas con su sabio preceptor, Abelardo. Historia transmitida por vía de un compilado de cartas que, como destaca Georges Duby, tienen la particularidad de estar estructuradas a semejanza de la *Julia* de Rousseau, como una novela epistolar, donde el argumento se teje al compás del intercambio de cartas<sup>17</sup>.

Veamos algunos detalles sobre la vida de Eloísa, útiles para nuestro ejercicio comparativo... Ella fue huérfana. Desde pequeña creció con todos los cuidados que su tío Fulberto le otorgaba. Más que bella, esta muchacha era sabia, condición que se destacó en su reputación. Esta misma razón fue la que sedujo al apuesto, instruido y joven Abelardo, quien hizo todo lo necesario para acercarse, conocerla y enamorarla. Abelardo se convertirá en el preceptor de Eloísa. Los encuentros pedagógicos no demoraron en transformarse en pasionales<sup>18</sup>. Pero la historia sentimental decantó en lo que Jacques Le Goff denomina tres *disgustos*: el momento en que los descubren, el embarazo de Eloísa y el matrimonio (Le Goff, 1996)<sup>19</sup>. Pese a que todo se desmoronaba, Eloísa nunca renunció al amor de su varón terrenal. No obstante, en su arenga y en sus actos, la joven reniega del contrato matrimonial y de la maternidad. Estas prácticas parecen no gravitar sobre su moral. Ella sólo apuesta al amor-pasional. Eloísa escribe en una de sus cartas:

---

<sup>17</sup> Muchas son las dudas sobre la veracidad de las *cartas entre Abelardo y Eloísa*. Se estima que pueden tratarse de fragmentos a los que alguien –anónimo– sometió a un ejercicio de edición. Asimismo, la duda también se instaló sobre la autoría, existen quienes piensan que puede tratarse de cartas escritas por una misma persona. Duby reconoce todas estas advertencias pero no se detiene en su ejercicio interpretativo. Por el contrario, avanza y define al texto más que como una novela epistolar como un tratado de moral con claras intenciones pedagógicas que no se priva de hacer una apología del matrimonio en un contexto en el que dicho contrato se presenta por primera vez como obligatorio (Duby, 1997).

<sup>18</sup> Jacques Le Goff dice: “Tal vez los únicos que se aproximan al amor cortés son Heloísa y Abelardo”. Y respecto al amor cortés dice: “En esta concepción, el himeneo se desarrolla siempre fuera del matrimonio y en el adulterio... ¡El amor cortés es el adulterio!” (Simonnet, D, 2004, p. 52-56).

<sup>19</sup> Todas las peripecias de la vida de Abelardo pueden leerse en *Historia calamitatum* (Anónimo, 2002).

“El nombre de esposa puede ser más santo y vinculante pero para mi la palabra más dulce es la de amiga y, si no te molesta, la de concubina y meretriz... prefería el amor al matrimonio y la libertad al vínculo conyugal. Dios me es testigo de que, si Augusto –emperador del mundo entero- quisiera honrarme con el matrimonio y me diera la posesión de por vida, de toda la tierra, preferiría ser llamada tu ramera...” (Anónimo, 2002, p. 100-101).

A lo que agrega en una epístola posterior:

“Lo que otros merecían por su adulterio, cayó sobre ti por el matrimonio, por el cual creías haber satisfecho todas las culpas anteriores. Lo que las mujeres adúlteras hicieron a sus amantes fornicarios, a ti te lo hizo tu propia mujer. Todo esto no sucedió cuando nos entregamos a nuestros primeros goces, sino cuando separados temporalmente vivimos castamente. Tú estabas al frente de la escuela de París y yo, por mandato tuyo, en Argenteuil, viviendo con las monjas” (Anónimo, 2002, p. 119).

Las frases citadas revelan a una Eloísa que, protagonista del siglo XII europeo, denuncia al matrimonio, acusándolo de ser el causante de todas sus peripecias sentimentales<sup>20</sup>. Ella percibe las falencias de vínculo conyugal, no sólo porque van en contra de las necesidades de un intelectual de la talla de Abelardo<sup>21</sup> sino porque, en su experiencia personal, el acto matrimonial marcó el toque de queda en la relación que mantenía con su amado. Sin embargo, Abelardo insiste con el matrimonio y la obliga primero a efectuarlo con él y después a convertirse en esposa de Dios. El deseo de Abelardo expone las necesidades de una época en la cual el matrimonio finalmente se tornó un modo de asegurar la paternidad y la transmisión de los bienes materiales.

Poniendo un punto final a esta breve presentación de Eloísa, nos preguntamos cuánto de ella habita en Julia... Qué aspectos de la primera son recortados, hilvanados y unidos por Juan Jacobo para dar forma a su Julia... Siguiendo el razonamiento de Michèle Crampe-Casnabet, decimos que *Julia es la mujer soñada por Rousseau* (Crampe-Casnabet, 1992, p. 341)<sup>22</sup>. Las epístolas de Julia, creadas por la pluma del filósofo, conjuntamente con sus vivencias pregonan preceptos, experiencias y valores sobre los deberes de la mujer en general. En su discurso, Julia expresa y reconoce la asimetría que caracteriza al vínculo entre los sexos, asumiendo ella el costado débil, dependiente y carente. Además, la misma Julia se encarga de enunciar los lineamientos de la *educación doméstica* que Rousseau, convertido en preceptor de Emilio, empleará para la educación del pequeño. Julia es sabia como lo fue Eloísa; ambas son capaces de

---

<sup>20</sup> Jacques Le Goff explica que el discurso anti-matrimonial de Eloísa fue característico de muchas mujeres de la época (Le Goff, 1996).

<sup>21</sup> Al respecto Eloísa expresa: “¿qué relación puede haber entre los estudiantes y las criadas, entre los escritorios y las cunas, entre los libros, las mesas de estudio y la rueca, entre los punzones o plumas y los husos? ¿Quién, finalmente, dedicado a las meditaciones sagradas o filosóficas podría aguantar la llantina de los niños?” (Anónimo, 2002, p. 53).

<sup>22</sup> Michèle Crampe-Casnabet en este sentido dice: “Rousseau habla, como hombre y a los hombres, a propósito de la mujer” y respecto a la escritura epistolar de Julia, más adelante agrega, “En realidad no estamos en presencia de un discurso femenino, sino de una palabra doblemente masculina, puesto que adopta la palabra del otro sexo” (Crampe-Casnabet, 1992, p. 341).

sentir fuertes pasiones, pero hay un plus que los tiempos modernos imprimen en *Julia* separándola de su congénere medieval. Veamos en el siguiente cuadro un ejercicio comparativo entre ambas mujeres:

SIMILITUDES ENTRE ELOÍSA Y JULIA	DIFERENCIAS	
	ELOÍSA	JULIA
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Son mujeres que accedieron al mundo de la lecto-escritura. A pesar del carácter ficcional que envuelve la historia de ambas, novela o realidad, ellas escriben.</li> <li>• Fueron educadas por un preceptor joven y sabio.</li> <li>• Las dos viven su primer romance y enamoramiento apasionado con aquel preceptor.</li> <li>• Ambas quedan embarazadas como fruto de esa historia de amor.</li> <li>• Las dos deben renunciar a su amor de juventud.</li> <li>• son definidas por los varones de su época como integrantes del sexo débil, por tanto requieren la tutela masculina.</li> <li>• La resolución de los dramas que aquejan a sus vidas las remiten a espacios de encierro, apartadas de la vida social, pública y política.</li> </ul>	Su historia transcurre en el siglo XII	Su historia transcurre en el siglo XVIII
	Vive en París	Vive en Clarens, un pequeño pueblo de montaña.
	Es huérfana, la cría su tío	Crece junto a su madre y padre
	El preceptor es contratado por su tío.	El preceptor es contratado por su madre, que ocupada en cuestiones sociales no puede formarla.
	Al descubrirse su romance, primero es raptada por su amante y luego él contrae matrimonio con ella.	Al descubrirse el romance, ambos amantes deciden poner punto final a la historia.
	Del amor entre los jóvenes amantes nacerá un hijo, Astrolabio.	El embarazo, producto del romance de juventud, no llegó a su término. El bebé no nace.
	Eloísa, por orden de su esposo, renuncia a él y se convierte en esposa de Dios.	Julia contrae matrimonio con el varón indicado por su padre.
	Ve en el matrimonio la causa de todos los males de su historia.	El matrimonio la redime y le posibilita una vida virtuosa y digna
	Si bien procrea, nunca ejercerá la maternidad.	En ella procreación y maternidad se vuelven sinónimos entre sí y del destino de la mujer. Julia es la madre y educadora doméstica-natural de sus hijos
	Es sabia en materia de religión, filosofía, idiomas, ciencia, etc.	Es sabia en cuanto a la educación sentimental, los saberes de su sexo y como auxiliar de su esposo en administración de su hogar
	Pasa los días en una abadía. Toma los hábitos en la abadía de Argenteuil. Queda sometida a los designios de la palabra de Dios. Su encierro es en la privacidad del convento	La única religión que practica se limita al interior de su alma. Su encierro es en la privacidad del hogar
	Nunca dejará de amar a su preceptor	Convierte aquel amor de juventud en una tierna y perfecta amistad

La historia de Julia comienza con ciertas notas similares a la propia de Eloísa; ambas son educadas por un preceptor del que no demoran en enamorarse y, entre libros, plumas y papeles, experimentan un intenso y carnal romance. Después de esta nota común las historias se bifurcan, emprendiendo recorridos paralelos. Esto es, mientras que Eloísa da a luz, contrae matrimonio y luego toma los hábitos, siempre por mandato de su amado, Julia, llevando bajo la capa su romance de juventud, redime su historia al contraer matrimonio con el candidato presentado por su padre. Julia entiende que las pasiones desenfundadas no son buenos condimentos del matrimonio, ya que este último

es una pieza fundamental que debe encastrarse en el puzzle de la sociedad del contrato. Así, tres son los aspectos que conforman a la Eloísa soñada por el varón moderno:

1. Profesa una religión laica, mediante la cual adora a su marido, a quien se somete y cuyo mandato acata devotamente.
2. Es sabia en materia de *educación sentimental*, virtud, vida interior, *saberes del sexo femenino* y *educación doméstica o natural*.
3. Habita en el interior de un espacio cerrado, del que cuida su pureza, higiene y castidad: su templo es el hogar.

Tríada de caracteres que podemos encontrar tanto en la Julia madura-esposa-madre como en *Sofía*. Precisamente, la vida completa de Sofía transcurre por un sendero marcado por las coordenadas que distinguen a la mujer moderna. Sin dudas, su historia se desenvuelve entre los preceptos de un tratado novelado de pedagogía, pero tratado normativo al fin. Sofía es el ideal, por ello se asemeja más a la Julia de madurez, opuesta a Eloísa, que a la Julia juvenil, similar a Eloísa. Finalmente, la historia de Julia vendría a representar la bisagra que marca el límite entre una Eloísa que se aleja y pierde en el oscurantismo medieval y Sofía que despunta en el horizonte ilustrado. Es decir, la historia de Julia indica cómo la mujer medieval, encandilada por las luces de la modernidad, se esfuma dando lugar al ideal de mujer moderna, Sofía.

### **La educación sentimental y los saberes del sexo femenino**

¿Debe instruirse la mujer ideal de Rousseau? Obteniendo una respuesta positiva, volvemos a preguntar: ¿debe ser educada mediante los mismos procedimientos y saberes con los que se forma a los varones?... Siendo ahora negativa la respuesta, ¿cómo nombrar a la educación femenina, qué contenidos asignarle, quién debe impartirla, qué condiciones naturales posee la mujer para ser merecedora de esa y no de otra educación?... En este punto detenemos el aluvión de preguntas para comenzar a buscar respuestas en el espeso y contradictorio pensamiento rousseauneano.

Cuando Juan Jacobo teoriza sobre Sofía, no duda en afirmar que la mujer es un ser pasional, imaginativo, cuya capacidad de pensar está ligada a lo concreto y a saberes prácticos, no así a procesos de abstracción y de conceptualización. Acordando con Michèle Crampe-Casnabet, decimos que, si bien la mujer no es un ser desprovisto de razón, esta facultad se plasma en ella sólo para resolver aquellas dificultades y cuestiones que presenta la vida doméstica. Las mujeres viven permanentemente en la infancia, siendo incapaces de ver e interpretar cualquier situación que trascienda los límites del mundo privado (Crampe-Casnabet, 1992, p. 337).

En este sentido, Rousseau entiende que la mujer, más que grandes lecturas y teorías, necesita charlas sencillas que deriven en aplicaciones concretas, puesto que *las mujeres poseen una razón práctica* (Rousseau, 1985-1762, p. 434). Asimismo las niñas, desde pequeñas, sienten una fuerte atracción por las agujas y las telas en detrimento de las prácticas de lectura y escritura. El mismo Juan Jacobo afirma haber conocido a cierta jovencita que aprendió a escribir sobre un lienzo valiéndose de aguja e hilo (Rousseau, 1985-1762, p.425). Para educar a una niña hay que capitalizar los atajos marcados por el gusto y no por la autoridad. Las pequeñas se aburren rápidamente, por tanto, hay que dejarlas elegir y guiarlas por el sendero de la utilidad. Las mujeres, en general, son presa fácil de la ociosidad, la indocilidad y la coquetería, de modo que requieren constante y discreta vigilancia. “La vida de la mujer honesta es un perpetuo combate contra ella misma... Impedid que las muchachas se aburran en sus ocupaciones y no se apasionen en las diversiones” (Rousseau, 1985-1762, p. 425).

Para las mujeres, más que desplegar una cartilla de preceptos pedagógicos, el ginebrino delega la formación al ojo atento y supervisor de la madre en particular y de la familia en general. En realidad, aquí, supervisar y vigilar son actos asociables menos con procesos de formación que con procesos preventivos de deformaciones. En otras palabras, la consigna sería cuidar que las mujeres no pierdan la condición femenina que las constituyó desde los tiempos del estado natural. La misma Elisabeth Roudinesco afirma que Rousseau define a la mujer como “el modelo primordial de ser humano”, pero, que, “tras olvidar el estado de naturaleza, se convierte en un ser artificial, ficticio y mundano. Para regenerarse debía aprender a vivir con su verdadero origen... debía adoptar la forma del retorno a un lenguaje anterior a las palabras y al pensamiento, emparentado con una esencia fisiológica de la feminidad” (Roudinesco, 2003, pp. 131-132). De este modo, a diferencia del varón, las mujeres necesitan recuperar aquella naturaleza prístina que la vida social les obligó perder, para recuperarse. Mientras que la estrategia pedagógica masculina apunta a socializar al cachorro humano, la femenina circula en sentido contrario, tratando de impedir que las prácticas sociales contaminen sus cualidades naturales.

Ahora bien, las características que por naturaleza distinguen a varones de mujeres disponen a éstas últimas para recibir ya no educación racional sino una que recorra dos aspectos: la educación sentimental y los saberes del sexo femenino. Respecto a la educación sentimental, Rousseau entiende que formar a las jovencitas en nobles sentimientos y en el ejercicio de los sentidos implicará pureza, castidad y una mayor

destreza y sensibilidad en las futuras faenas maternas y domésticas. Precisamente, Saint-Preux, el preceptor de Julia, destina para la educación de su discípula el siguiente plan:

“Leer poco y meditar mucho ó, lo que es lo mismo, conversar mucho de ello entre nosotros: este es el único medio de dirigirles bien. Pienso que, una vez que se ha abierto el entendimiento con el hábito de la reflexión, es preferible buscar en sí mismo las cosas que irían á consultarse en los libros: este es el verdadero secreto de amoldar bien las cosas en el cerebro y apropiárselas, mientras que recibéndolas como se nos dan, ostentan una forma que no es la nuestra... Esta es la razón, mi encantadora discípula, de que limite nuestro estudio á libros de gusto y de costumbres. Al convertir mi método en ejemplo, no os expongo más definición de la virtud que el espectáculo de gente virtuosa, ni otras reglas para escribir bien que los libros bien escritos.

No os sorprenda, pues, la supresión que hago de nuestras lecturas precedentes, estoy convencido de que hay que restringirlas, para que sean de utilidad, y cada día veo mejor que no es digno de ocuparos lo que nada dice al alma. Suprimiremos los idiomas, menos el italiano, que ya sabéis y que os gusta. Dejaremos de lado nuestros elementos de álgebra y de geometría. Abandonaríamos también la física, si los términos que nos procura me infundiesen el valor necesario para hacerlo. Renunciaremos por siempre á la historia moderna, salvo la referente á nuestra patria” (Rousseau, s/f-1761, T. I, p. 41-42).

Se trata de trabajar no tanto en el plano libresco, intelectual y memorístico sino en el de la reflexión con permanentes ejercicios introspectivos. La consigna es: charlar, pensar, dosificar las opiniones sin valerse de muchos libros. La idea es leer intensivamente, buscando que cada frase dialogue con la sensibilidad de la lectora. Es un trabajo que ocurre en el interior de los sentimientos femeninos. Los temas tendrán que ver con el gusto y los saberes prácticos, no así con abstracciones y ciencia. Si bien se desestima que un varón eduque a una jovencita, la experiencia de Julia indica una excepción. Su viaje educativo fue una travesía por las regiones de la *educación sentimental*.

Respecto al segundo grupo de contenidos, *los saberes del sexo femenino*, encontramos cierta dificultad que impide al autor enunciarlos. Podemos advertir por algunos indicios, tanto en el tratamiento de Julia como en el de Sofía, que los saberes del sexo tienen que ver con el cuidado del hogar: costura, bordado, cocina, higiene, educación de los niños, como así también reglas de urbanidad, buenas maneras y cuestiones del cuerpo, la regulación de las pasiones, la virtud y la conducta femenina. Pocas veces Juan Jacobo enuncia ejemplos sobre cuáles son las labores propias del sexo femenino<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> Por caso, en la carta III del libro V de *Julia o la nueva Eloísa*, en la cual Saint-Preux describe a su amigo Eduardo cómo Julia educa a sus niños/as dice “La educación de ella – se refiere a Enriqueta, la niña que Julia educa- me corresponde a mí, pero los principios son tan diferentes, que exigen una conversación aparte. Por lo menos, puedo decir que es difícil añadir nada á lo que en ella ha puesto ya la naturaleza, y que valdrá tanto como su madre, si alguien puede valer lo que ella”. En este punto termina la referencia y no volvemos a encontrar en la obra otra alusión a cómo educar a la mujer (Rousseau, s/f-1761, T. II, pp. 262). Otro ejemplo podemos encontrar en *El Emilio* cuando aludiendo a Sofía dice: “Lo que mejor sabe Sofía, y lo que se le ha hecho aprender con mayor cuidado *son las labores de su sexo*; incluso aquellas que no son corrientes como cortar y coser sus propios vestidos. No existe una labor de aguja que ella no sepa hacer con gusto. Se aplica también a todos los detalles de la casa. Sabe de cocina y del servicio de la mesa; conoce el precio de los artículos y sus cualidades; sabe llevar las cuentas y sirve

Pero cuando lo hace, menciona las prácticas de mujeres que administran sus hogares ayudadas por personal doméstico. Por caso, Sofía sabe cocinar, coser, bordar, limpiar, ordenar..., destrezas aprendidas en jornadas de trabajo junto a la servidumbre o siguiendo el consejo materno. No obstante, el autor resta al tratamiento de estos temas el tono normativo que aplica cuando alude a cuestiones morales, virtudes, actitudes y costumbres femeninas. Atendiendo estas observaciones, advertimos que en las faenas de Julia se destacan la piedad con la que intercede ante su padre por dramas del personal doméstico; el modo en que imparte órdenes; los preceptos utilizados en la educación de sus hijos... Ninguna de ellas asume los quehaceres hogareños sin disponer de personal doméstico. Entonces, ¿qué inquieta a nuestro autor cuando aborda estos temas?... Estimamos que su intención reside en ofrecer una abierta crítica a las conductas domésticas ejercidas por las señoras miembros de la burguesía urbana. Mujeres que renuncian a las rutinas domésticas y maternas en beneficio del ocio y la sociabilidad. Contra ellas, Rousseau eleva su discurso, indicando comportamientos alternativos<sup>24</sup>. Él diseña un ideal de mujer doméstica abocada fundamentalmente a la maternidad aunque sin renunciar a su condición de esposa del señor burgués. Alusivas resultan las palabras de Rosa Cobo cuando dice: “Rousseau teoriza el modelo de familia burguesa: el amor entre los miembros de la pareja, la exaltación de la maternidad y el amamantamiento por parte de la madre, la familia como instrumento de transmisión de la propiedad y como instrumento de socialización” (Cobo, 1995, p.248). La señora Julia de Wolmar, modelo de esposa y madre, define el sentido final del contrato matrimonial dispuesto por Rousseau: “No se casan dos para pensar únicamente el uno en el otro, sino para cumplir juntos los deberes de la vida civil, dirigir con prudencia la casa y educar a los hijos (Rousseau, s/f-1761, p. 473)”.

Así, la educación femenina rousseauiana persigue el objetivo de hacer que las mujeres conquisten la mirada de los otros mediante un trabajo sobre sí mismas y sobre la

---

de maître de hotel a su madre. Formada para ser un día madre de familia ella también, al dirigir la casa paterna, aprende a gobernar la suya. Puede suplir en sus funciones a los criados y lo hace con gusto. Siempre se sabe mandar bien aquello que se sabe ejecutar por sí mismo –razón que persiguió su madre en la educación-... Un precepto de su madre le inculca una devoción por la limpieza. No hay nada más desagradable que una mujer sucia; hacer algo bien es hacerlo limpiamente y de acuerdo al orden de la naturaleza: agua, perfume de flores, la delicadeza de su aliento. Mas que limpia, ella es pura...” (Rousseau, 1985-1962, p. 455-456), aunque más detallista, volvemos a encontrar una descripción breve que enuncia pero no profundiza en el cómo y qué de la educación femenina.

<sup>24</sup> Rosa Cobo expresa: “Quien verdaderamente constituía una preocupación para nuestro filósofo era la nueva mujer de la burguesía, es decir, las mujeres que más tarde formarían parte de las clases medias. A este colectivo de mujeres querrá imponer Rousseau, junto a otros moralistas, un nuevo ideal doméstico” (1995, p. 228).

opinión pública. Expresiones de John Berger vienen a reforzar la idea: “*Los hombres actúan y las mujeres aparecen. Los hombres miran a las mujeres. Las mujeres se contemplan a sí mismas mientras son miradas* (Berger, 1980, p. 55). Esa lluvia de miradas que cae sobre la figura femenina, obliga a las mujeres a trabajar más en el plano del parecer que en el propio del ser. Rousseau prescribe que las mujeres deben aprender: a ser estimadas, a agradar, a ser reconocidas como prudentes; en otras palabras, a ejercer efectos sobre los otros. Efectos que no deben demorar en devolverles la identidad. Como cierre, sugiere que *la opinión es la tumba de la virtud entre los hombres, y su trono para las mujeres* (Rousseau, 1985-1762, pp. 420). Aquí, los preceptos de Juan Jacobo vienen a contradecir su batalla contra las apariencias<sup>25</sup>. Mientras que los varones deben apartarse de la opinión, el discurso y las apariencias que contaminan y *afeminan* su ser, la condición femenina queda definida en esos mismos censurados terrenos. ¿Contradicción?... O acaso la identidad femenina se inscribe en un registro paralelo a la de los varones, como un continente vacío susceptible de completarse con la voz y mirada de los otros<sup>26</sup>. Retomar las críticas feministas sobre el concepto de igualdad rousseauneano es otra forma de nutrir esta problemática. Digno exponente de su época, nuestro autor aboga por un concepto de igualdad limitado al conjunto de los varones, su proyecto político es enteramente masculino, la razón es masculina... Así, la mujer se inscribe en el juego sociopolítico con un acto de consentimiento motivado por su natural condición de *subordinada* (Calderón Quindós, 2005). En este contexto, se debilita la contradicción respecto al modo en que se instala la discusión sobre la mujer.

Ahora bien, en el marco del pensamiento rousseauneano ¿son sinónimos las expresiones *saberes del sexo femenino, economía doméstica y educación doméstica*?...

---

<sup>25</sup> Las mujeres que habitan las ficciones de Rousseau dan vida a estos principios. Precisamente, Julia salva su virtud llevando bajo la capa sus aventuras juveniles. Repetidas veces la inseparable Clara le aconseja que mantenga esas historias en secreto. Las murmuraciones alrededor de una mujer son las que marcan el signo de su reputación. La argumentación de Clara permite entender cómo gravita la opinión en la vida de una dama: “Ya veis, amigo mío, Julia está en el borde del abismo, á punto de ser objeto de la deshonra pública, de la indignación de su familia, de la violencia de un padre arrebatado y de su propia desesperación” (Rousseau, s/f-1761, p. 211).

<sup>26</sup> Rosa Cobo sostiene que las apariencias son un obstáculo en la formación del sujeto varón al tiempo que dice: “Sin embargo, el problema de las apariencias es planteado de una forma radicalmente opuesta cuando se refiere a Sofía... el criterio que debe guiar a Sofía es... ¿qué pensarán de mí?...” (Cobo, 1995, p. 238). Asimismo, Fernando Calderón Quindós afirma que en Julia “la apariencia recibe un tratamiento sorprendentemente amable, curioso y sexualmente discriminatorio. La apariencia es un deber moral que Rousseau le impone a la mujer”. Pero, resulta una conclusión extraída menos del análisis de la novela que de las relaciones sentimentales que Rousseau establece con las mujeres y sus colegas. Afirma que el ginebrino identifica a Julia con su único amor, la baronesa d’Houhetot y estudia la correspondencia sostenida con D’Alembert. (Calderón Quindós, 2005, p.171).

La respuesta es no. Los conceptos que componen este trío, si bien tienen por denominador común el hecho de estar motivados por la razón práctica, propia de las mujeres, se diferencian por los universos de conocimientos que los conforman. Veamos esto en detalle...

Los *saberes del sexo femenino* comprenden un conjunto de nociones ligadas a la experiencia concreta femenina, tan propia de mujeres que Rousseau se muestra imposibilitado para explicarlos. Estos conocimientos que las madres deben transmitir a sus hijas son eminentemente femeninos y trasladan al mundo de la cultura las prácticas que por naturaleza corresponden a las niñas; estas son: la crianza de los hijos, la cocina, la limpieza, la costura. Se trata de saberes de frontera, donde se imprime la otredad femenina, dejando desprovista e imposibilitada a la voz masculina para nombrarlos.

Muy diferente resulta ser lo que Rousseau denomina *educación doméstica o natural* (Rousseau, 1985-1762). Esta comprende todos los saberes que las madres-preceptores transmiten a los varones durante la primera infancia<sup>27</sup>, a modo de antesala de la educación racional, moral y letrada patrimonio de la masculinidad. Por tanto, el calificativo *doméstica* alude al ámbito y al agente de la educación, entendiendo por aquél el hogar y por ésta la madre. Una madre que, capitalizando su capacidad de observación, sólo deberá imitar la ruta que la naturaleza traza para guiar al niño: alimentación primaria –lactancia–, sus primeros pasos, el uso del lenguaje, sus juegos iniciales, las normas de salud, la dentición, etc.<sup>28</sup>. Para nuestro filósofo, “el atractivo de la vida doméstica es el mejor contraveneno de las malas costumbres” (Rousseau, 1985-1762, p. 46)<sup>29</sup>.

Finalmente, cuando el ginebrino introduce la noción de *economía doméstica* está pensando en el gobierno y administración del hogar que debe ejercer el varón,

---

<sup>27</sup> Etapa de la vida extendida entre 0 y 15 años, aproximadamente.

<sup>28</sup> Estas ideas que Juan Jacobo trabaja en el libro I de *El Emilio* sobre la educación doméstica, retoman los ejes ya planteados en *Julia o la nueva Eloísa*, en la carta III de la quinta parte cuando Saint-Preux le escribe a su amigo Eduardo destacando el método que Julia emplea para educar a sus hijos varones por un lado y a la pequeña Enriqueta por otro. En la cita que transcribimos Julia es quien vuelve a establecer la distinción entre la *educación doméstica* vertida al varón por las madres y la educación racional que el varón ya púber deberá recibir de manos de otro congénere adulto: “Cuido del sostén de los niños, y no tengo la pretensión de formar hombres. Espero, dijo contemplando a su marido, que á manos más dignas se confiará ello. Soy esposa y madre y sé mantenerme en mi rango. Repito que mi función no consiste en educar á mis hijos sino en prepararlos para recibir una educación. En ello no hago más que seguir punto por punto el sistema del señor de Wolmar...” (Rousseau, s/f-1761, p. 222 a 263).

<sup>29</sup> Todorov entiende que en Rousseau la educación doméstica resulta ser un método de conciliación entre la naturaleza y la sociedad. Así, el niño aprende todo lo que se relaciona consigo, aprende a observar la naturaleza y a encaminar sus buenos sentimientos (Todorov, 1987). El concepto de educación doméstica no parece estar pensado para atender la educación de las niñas, puesto que estas reciben una educación diferente a la de los varones.

empleando como auxiliar a su esposa. En la extensa carta X de la parte IV de *Julia o la nueva Eloísa*, Saint-Preux describe a su amigo Eduardo el proyecto de economía doméstica con el cual se rige la casa de la familia Wolmar:

“¿Cuáles son los cuidados que más importan á un padre de familia, sino la economía doméstica y el buen gobierno de la casa, en que el bien de cada miembro se agrega al de dicho jefe? Pp. 94. Toda casa bien ordenada es el espejo del alma del dueño. El dorado artesanado, el lujo y la magnificencia solo proclaman la vanidad de quienes los ostenta; mientras que donde impera el orden sin tristeza, la paz sin esclavitud, y la abundancia sin profusión, podéis decir: aquí manda un hombre dichoso. El padre de familia, al complacerse en la vida doméstica, recibe el continuo goce de los dulces sentimientos de la naturaleza, en premio de sus constantes desvelos” (Rousseau, s/f-1761, p. 94- 95).

*Padre de familia, dueño, jefe*, son los calificativos empleados por el escritor de la carta para nombrar al autor intelectual del tan laureado plan de economía doméstica. Sin dudas, esta aludiendo al señor de Wolmar, hacedor de la planificación doméstica que luego dejará en manos de su hacendosa y abnegada esposa. Por lo tanto, dentro del pensamiento rousseauneano, la economía doméstica, más que saber femenino, resulta ser una técnica administrativa y valorativa propia de varones. Por ser el matrimonio Wolmar un ideal, el plan económico es ejecutado por una esposa que, conocedora de los saberes del sexo femenino, lo aplica a la perfección<sup>30</sup>.

### **Palabras finales**

Abrimos tres líneas. La primera, reflexionando sobre la figura de Sofía, se propuso explicar la ontología esencialista y biológica de la que se vale Rousseau para explicar la condición subordinada de la mujer; después, y sobre esa primera base, presentamos a Julia, definiéndola como un personaje que con sus experiencias ilustra lo que los varones ilustrados modernos no desean en una mujer y lo que sí aceptan; finalmente, desagregamos el proyecto educativo femenino expuesto por Juan Jacobo, una propuesta que se aleja de lo que llamamos economía doméstica y educación doméstica para acercarse a la educación sentimental y a los saberes del sexo femenino.

¿Por qué Rousseau tuvo tanta necesidad de escribir sobre la mujer preceptos, normas de conducta y hasta inventar historias de mujeres ideales con nombres propios? ¿Qué lo motiva para escribir e inventar a Julia y a Sofía?... ¿Necesidad de escritura tal vez?... ¿Una inconsciente confianza en la fuerza de las palabras como hacedoras de historias y

---

<sup>30</sup> El plan de economía doméstica que lleva adelante el matrimonio Wolmar resulta ser un proyecto construido sobre los siguientes principios: privilegio de los recursos locales-nacionales, austeridad, utilidad, sencillez, higiene, pureza, respeto y rectitud. Se trata de un plan integral que controla no sólo los recursos materiales sino el tiempo de la familia y de los empleados. Concretamente: el plan atiende desde la selección del mobiliario, la alimentación y el vestuario, pasando por la educación de los niños, hasta llegar al trabajo con la vid, la huerta y los animales, la selección del personal de servicio y la reglamentación del tiempo de ocio de los señores y del personal.

por ende de subjetividades?... ¿Será que al escribir a estas mujeres les daba vida?... ¿las mujeres serán efecto de su escritura?... De ser así, de ser posible una lectura de Rousseau entendiéndolo como un personaje sediento de escritura, sobre la sociedad, los varones, las mujeres, él mismo, todo..., damos un giro de 180 grados y nos corremos de pensar la esencia biológica y natural de los sujetos y las cosas para entenderlas como efectos de las palabras...

## **Bibliografía**

### **Fuentes consultadas**

- ANÓNIMO, (2002), *Cartas de Abelardo y Eloísa*. Alianza. Madrid.
- ROUSSEAU, Juan Jacobo, (1751-1762) *Emilio o de la educación*. Editorial EDAF. Madrid.
- ROUSSEAU, Juan Jacobo, (S/f-1761) *Julia o la nueva Eloísa*, Tomos I y II. Casa Editora Garnier Hermanos. Paris.
- ROUSSEAU, Juan Jacobo, (1985), *Las confesiones*. Porrúa. México.
- ROUSSEAU, Juan Jacobo, (1992), *El contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen de la desigualdad*. Porrúa. México.

### **Bibliografía de referencia**

- ANTELO, Estanislao, (2005), "La pedagogía y la época". En SERRA, Silvia, *Autoridad, violencia, tradición y alteridad. La pedagogía y los imperativos de la época*. Noveduc. Bs. As.
- ARMSTRONG, Nancy, (1987), *Deseo y ficción doméstica*. Cátedra. Madrid.
- BAJTÍN, Mijaíl, (2002), *La estética de la creación verbal*. Siglo XXI. Bs. As.
- BERGER, John, (1980), *Modos de ver*. España. Editorial Gustavo Gilli.
- BOUVET, Nora, (2006), *La escritura epistolar*. Eudeba. Bs. As.
- CALDERÓN QUINDÓS, Fernando, (2005), "Las mujeres en la obra de Jean Jacques Rousseau". En *Revista de Filosofía*, Vol. 30, Nº: 1, p. 165-177, Universidad Complutense de Madrid.
- CRAMPE-CASNABET, Michéle "Las mujeres en las obras filosóficas del siglo XVIII" en DUBY, George, PERROT, Michelle, (1992), *Historia de las mujeres III. Del renacimiento a la modernidad*. Taurus. Madrid.
- CARUSO, Marcelo, (2001), "¿Una nave sin puerto definitivo? Antecedentes, tendencias e interpretaciones alrededor del movimiento de la Escuela Nueva" en PINEAU, Pablo et al. *La escuela como máquina de educar. Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad*, Paidós. Bs. As.

- CIRIZA, Alejandra, (2000), “A propósito de Juan Jacobo Rousseau. Contrato educación y subjetividad” en BORON, Atilio *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*. Eudeba. Bs. As.
- CIRIZA, Alejandra, (2002), “Pasado y presente. El dilema Wollstonecraft como herencia teórico política” en BORON, Atilio, *Teoría y filosofía política: la recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano*, CLACSO – USPI. Bs. As.
- COBO, Rosa, (1995), *Fundamentos del patriarcado moderno, Jean Jacques Rousseau*. Cátedra. Madrid.
- DARNTON, Robert, (1994), *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa*. FCE. México.
- DUBY, Georges, (1997), *Mujeres del siglo XII*, Vol. I. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile.
- FRAISSE, Geneviève, (1989), *Musa de la razón*. Cátedra. Madrid.
- GAY, Peter; (1992), *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud II. Tiernas pasiones*. FCE. México.
- LARROSA, Jorge, (2000), *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad, formación*. Ediciones Novedades Educativas. Bs. As.
- LE GOFF, Jacques, (1996), *Los intelectuales en la Edad Media*. Gedisa. Barcelona.
- MEIRIEU, Philippe, (1998), *Frankenstein educador*. Laertes. Barcelona.
- NARODOWSKI, Mariano, (1999), *Infancia y poder. La conformación de la pedagogía moderna*. Aique. Bs. As.
- ROUDINESCO, Elisabeth, (2003), *La familia en desorden*. FCE. Bs. As.
- SCOTT, Joan, (1999), “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en NAVARRO, Marysa, STIMPSON, Catharine, *Sexualidad, género y roles sexuales*. FCE. Bs. As.
- SIMONNET, Dominique, ed, (2004), *La más bella historia del amor*. FCE. Bs. As.
- STAROBINSKI, Jean, (1983), *Jean-Jacques Rousseau. La transparencia y el obstáculo*. Taurus. Madrid.
- TODOROV, Tzvetan, (1987), *Frágil felicidad. Un ensayo sobre Rousseau*. Gedisa. Barcelona.
- VARELA, Julia, ÁLVAREZ URÍA, Fernando, (1991), *Arqueología de la escuela*. La Piqueta. Madrid.